

Fraternidad y Sororidad: Un sentido de comunidad

Ania Karen Galindo Trasfí
Universidad Iberoamericana Torreón
Torreón, Coahuila, México
ania.galindo@ibero-torreon.edu.mx

Cuando pienso en la cantidad de posibilidades que tenemos hoy en día me es imposible no sorprenderme. Los avances tecnológicos que tenemos son extraordinarios e inimaginables; pensar en que tengo la posibilidad de tener un amigo o amiga al otro lado del mundo, hablar con ellos de manera instantánea, y hasta verlos si así lo deseo. Pensar que puedo tener acceso a cualquier tipo de información, que puedo leer los artículos científicos más recientes de cualquier área de investigación sin necesidad de ir a un laboratorio, edificio o biblioteca; saber que existen conversatorios en donde puedo escuchar conferencias por parte de estos investigadores y maestros que nos proveen información acerca de cómo está el mundo actualmente y cuáles son las estadísticas para el futuro. El simple hecho de pensar que el mundo está pasando por una crisis medica global y, aun así, podemos seguir trabajando, estudiando, divirtiéndonos, siguiendo una vida demasiado “parecida” a lo que estábamos acostumbrados. Es cierto que nos podemos quejar de todos los imprevistos y pérdidas personales que esta emergencia ha suscitado en nuestra vida, sin embargo, imagino este mismo escenario de pandemia veinte años antes y no encuentro la manera en que hubiéramos logrado, como sociedad, seguir en un sistema que nos exige un movimiento constante y una enfermedad que nos obliga a detenernos y aislarnos. Todas estas ventajas, posibilidades, todas estas herramientas y, aun así, nos sentimos solos, agotados y sin rumbo.

Me parece paradójico que todas las herramientas que acabo de mencionar, todos los avances, están hechos para que estemos más comunicados y conectados, mientras nosotros como sociedad estamos impulsando una conexión interpersonal hueca, cómoda, poco activa y nada receptiva. Un sistema que se basa en la globalización de la individualidad, abriendo de manera parcial las fronteras con el único propósito de demostrar que nuestra vida, nuestra cultura, nuestros pensamientos son los superiores. Intentamos modificar a las personas a nuestro alrededor de acuerdo a nuestras necesidades, moldeándolos en función de que satisfagan o respondan alguno de nuestros propósitos personales. Vivimos en un sistema que

pretende unificarnos para tenernos una respuesta instantánea. Deshumanizarnos en función de poder controlar y responder a un mundo determinado.

El sentimiento unificador y simplificador de las situaciones sociales está haciendo que nosotros como sociedad nos cerremos al diálogo y al entendimiento de aquel que nos es diferente. No necesariamente porque queramos eliminar sus características, sino porque tenemos miedo de perder las propias. La realidad es que nuestra violencia, nuestro rechazo, nuestra poca tolerancia, nace del miedo de ser unificados. Ser despojados de nuestra identidad y nuestras raíces, así como nuestros posibles privilegios, con el propósito de obedecer a una cultura global que no respeta las heridas del pasado o características culturales, no respeta espiritualidades ni religiones, rechazando cualquier indicio de diversidad. Nos despoja de todo aquello que nos hace ser humanos. Como mecanismo de defensa nos obliga a deshumanizar al otro en función de conservar la idea de que nosotros seguimos siendo propios. Con el propósito de conservar nuestro propio mundo estamos destruyendo nuestro mundo social.

En la encíclica *Fratelli tutti*, el Papa nos señala que lo peor del mundo es no amar. Estamos llegando al punto en que rechazamos al otro, no amamos, y mantenemos con la fuerza que nos queda nuestra propia persona, nuestra voluntad, sobre todo lo demás. Nos dejamos de reconocer como seres con la capacidad de amar y actuar en su función. Perdemos total sentido de comunidad, ya que pretendemos responder de manera “grupal”, tomando como principio único nuestros propósitos individuales, desde perspectivas e intereses diversos. Viviendo, entonces, en grupos carentes de fraternidad y sororidad, inmóviles ante el dolor del prójimo. Nos topamos, entonces, con la realidad de que las soluciones a las problemáticas actuales nos exigen ser fraterno, mientras que los sistemas sociales nos obligan a ser lo contrario.

El punto de partida para cambiar esto es reconocer al otro y reconocernos como humanos. Partir del principio de la gratuidad, responder al otro a partir de sus necesidades. Dejar de llevar a cabo una “caridad” en función de limpiar nuestra propia conciencia. Brindar un apoyo de acuerdo a lo que el otro necesita, tomando como base su propio discurso y experiencias. Escuchar de forma activa los pensamientos, sentimientos y preocupaciones del otro, no sólo de aquel cuya narrativa de vida iguale la nuestra.

Si visualizamos la trascendencia como el producto de una acción social, entenderemos que nuestras acciones deben de partir desde el propósito de servir de acuerdo a la manera en que queremos y podemos participar; partiendo desde una visión de liderazgo, reconociendo que cada integrante de la comunidad responde a una función elemental para el desarrollo de la misma; entendiendo que las acciones conjuntas son mayores que los propósitos individuales.

Considero que la mejor manera de entender cómo es participar y pertenecer a una sociedad, que responde a un sentido de comunidad, es llevando acabo las acciones que se proponen ante la problemática de la migración: Acoger, Proteger, Promover, Integrar.

Debemos de reconocer a las personas en situación de migración como aquellas que mantienen el estado más vulnerable de nuestro mundo actual, ya que se ven forzados a dejar su país de origen, siendo rechazados y discriminados del resto del mundo. Son despojados de la posibilidad de ser fraternos, son excluidos e invalidados de una comunidad. Nuestro deber es ver y escuchar a los migrantes desde su humanidad. Acogerlos en nuestra casa, protegerlos de aquellos que quieran discriminarlos, promoverlos en función de que puedan desarrollar su propio sentido de vida e integrarlos con el propósito de que tomen un papel activo de nuestra comunidad. Reconocerlos como nuestros hermanos a pesar de la diversidad de cultura y tradiciones.

Partiendo de lo anterior, entendemos que nuestro propósito común debe de ser actuar y responder en función de ser una familia abierta; respetando nuestras diferencias, alentando nuestra individualidad en función de que esta responda a un sentido de comunidad. Entendernos hermanos por el simple hecho de ser humanos, tomando siempre como principio el amor en nuestras acciones y nuestro servicio. Un amor gratuito, funcional y solidario.